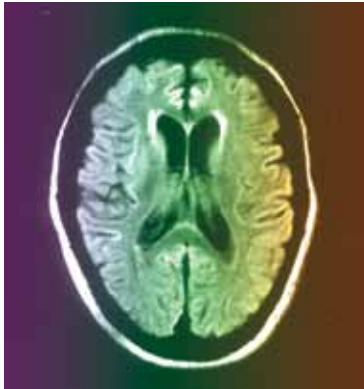


Los recuerdos y el futuro

Nuestra capacidad de imaginar el futuro depende de una parte del cerebro que se utiliza para almacenar el conocimiento general y que se ve afectada por algunas formas de demencia, según un estudio realizado por Muireann Irish, del Centro de Investigaciones en Neurociencia de Australia, y publicado en la revista *Brain*.



La llamada *demencia semántica* afecta la parte del cerebro que almacena y recuerda ciertos conocimientos y como resultado, las personas afectadas pueden perder la capacidad de nombrar objetos, recordar el nombre de actores o reconocer canciones muy populares. En investigaciones anteriores los científicos habían descubierto que los enfermos de mal de Alzheimer que no pueden recordar su pasado tampoco podían pensar en el futuro.

En este estudio se compararon imágenes de resonancia magnética del cerebro de pacientes con enfermedad de Alzheimer y de personas con demencia semántica. En estos últimos, las imágenes revelaron atrofia en los lóbulos temporales anteriores, donde el cerebro almacena los conocimientos generales y conceptuales. Las personas con Alzheimer presentan modificaciones en los lóbulos temporales mediales, que se utilizan para fijar los recuerdos y recuperar sucesos personales. Posteriormente, los investigadores pidieron a todos los participantes imaginar y describir posibles acontecimientos futuros. A diferencia de las personas con Alzheimer, las que sufren de demencia semántica han perdido la habilidad de recordar nombres y datos, pero no tienen dificultad para recordar experiencias de su vida pasada. Estos pacientes presentaron la misma incapacidad para imaginar acontecimientos futuros.

Los resultados de la investigación de Irish sugieren que nuestra capacidad de prever el futuro se basa en el correcto funcionamiento de los lóbulos temporales anterior y medial. Esto explica por qué los enfermos tanto de Alzheimer como de demencia semántica son incapaces de entender las consecuencias de un comentario inapropiado, o el efecto de sus acciones sobre los demás y no puedan planear para el futuro, lo que les produce sentimientos de apatía y falta de motivación. Plantea también riesgos, como dejar la estufa encendida o la llave del agua abierta porque estos enfermos no pueden anticipar las consecuencias de sus acciones.

Información

Vivimos, se dice a menudo, en la era de la información. Y así es, constantemente nos llega información de todo tipo: por radio y televisión, mediante la prensa, en pláticas con familiares y amigos, por teléfono, lecturas, clases, conferencias... y actualmente, sobre todo, a través de internet. Nunca había sido tan fácil tener acceso a cantidades tan grandes de información gratuita de manera instantánea. Sin duda, el ciudadano actual enfrenta una sobrecarga informativa que muchas veces, más que ser útil, provoca angustia.

En un sentido técnico, la información consiste en datos que tienen algún significado. La información puede almacenarse en algún medio o soporte (como las letras en un libro, o los bits en un disco duro o una tarjeta de memoria). También puede transmitirse a través de algún canal de comunicación: hablada, en imágenes, telefónica, telegráfica, digital.

Pero para que la información realmente signifique algo, tiene que ser *interpretada* por un receptor. Las letras de un libro no son más que manchas de tinta sobre papel, a menos que sean leídas. Es el lector, al leer, quien les da sentido. Y en este proceso interviene no sólo la información contenida en los signos escritos sobre la página, sino el contexto en que el lector los interpreta: su educación, su cultura, la sociedad en que vive, sus experiencias, sus creencias, prejuicios, deseos... Por eso, la comunicación humana no es sólo un proceso de transmisión de información, sino de construcción activa de significados.

Desde un punto de vista biológico, la información es lo que permite a los seres vivos relacionarse con su entorno. Los mamíferos, por ejemplo, recibimos datos acerca del mundo que nos rodea a través de nuestros órganos de los sentidos. Esa información es luego procesada por nuestros cerebros para elaborar representaciones mentales de ese mundo que nos sirven para sobrevivir mejor en él, al conocerlo y poderlo predecir... aunque no de manera infalible. Pero también las plantas y los microorganismos, aunque no tengan sistema nervioso, reciben distintos tipos de información del medio que los rodea, y la usan para aumentar sus probabilidades de supervivencia.

Pero la información no basta. Como afirma el filósofo español Fernando Savater en su libro *Las preguntas de la vida*, además de estar informados, los seres humanos al interpretar, al darle sentido a los datos, producimos *conocimiento* (esto es, dice Savater, lo que hace la ciencia). Pero es sólo cuando usamos el conocimiento para decidir cómo vivir mejor que obtenemos *sabiduría*.

Si buscamos pasar de la sociedad de la información a la del conocimiento, no sería mala idea tratar también de usar a éste para ser cada vez un poco más sabios.

comentarios: mbonfil@unam.mx